

Un genocidio oculto

Se trata de advertir la violencia de las palabras, sobre todo, violencia penetrante y destructora, cuando responde al discurso hegemónico de la sociedad de la explotación.

En tal discurso dominante, está transformada en metonimia, la verdadera causa de las acciones opresivas, explotadoras y su articulación con la violencia inexcusable de la sociedad, que utiliza sus tropos almibarados, para recubrir la complicidad asfixiante de la verdad que intenta ocultar.

El tropo preponderante, frente a todo acto de violencia clara, palpable, mediáticamente exagerada, o al menos, destacada, se dirige a considerar a ese acontecimiento contra la humanidad, tanto en la guerra, como en el represión genocídica de nuestras FFAA, como la desgarrante de Virginia Tech, o para ir al fondo de nuestra historia, en la matanza organizada por un estado despótico, contra nuestras comunidades originarias, “nuestros hermanos los indios”, en ordenar tal tropo, cómplice de delito contra la humanidad, en un lineal operativo de responsabilidad personal.

Esta metonimia tiene tanto protagonismo criminal, como el acto en sí mismo, en tanto es capaz de negar, ocultándolas anulándola frente a la sociedad, la ineludible determinación social de un crimen, que busca con la utilización metonímica del individuo responsable, seguir tapando, el ya inocultable síntoma social, “común de una sociedad imperial”, en plena fórmula desesperada de sostenerse en al impunidad, sacrificando solo y únicamente a uno de sus miembros. O cuando más, a algunos de sus sujetos corporativos, que permitan solventar un sistema de explotación, para que tal privilegio asfixiante no se derrumbe. La sociedad colonizada, el Imperio que la ordena, la inteligencia que la tolera y justifica, en nombre del discurso dominante, ahora de la libertad ineludible del mercado, o de la “lucha imprescindible contra el terrorismo”, para ser fieles a las órdenes del discurso imperial después del 11-S, todos esos tropos, las metonimias de la responsabilidad personal frente al “pecado”, casi tan bíblica, como la de Adán y Eva, eluden, tal como la historia del Imperio siempre, la invulnerable condición genocida, del poder estimado como el punto de apoyo, para esta sociedad, que ya no puede cometer otra acción, que sostenerse, en cada caso, por la brutalidad de su articulación social. Ella está condicionada para ofrecer sujetos individuales-grupales y aún colectivos, para que ejerzan el poder que les delega, para que sean parte del sostén del régimen imperante. Es que tiene evidencia total de responsabilidad, pero que debe continuar. En tal continuación se ata, construye su urdiembre, el propio poder que para ello, ha edificado todas las potencias que aún proclaman su poder omnipotente.

No es solo el poder económico, aunque es esencial y predominante, es también el poder científico-tecnológico, el de las comunicaciones sociales, el de la cultura dominante, todos presentes y orientados en preferencia por tal poder económico- social, al que hoy se lo ve, todavía más impulsado por ese poder delegado que ha asumido el discurso metonímico, edificado a su uso y requerimiento.

Nadie excusará la intervención asesina en la masacre de Virginia Tech, como tampoco puede hoy excusarse el genocidio ordenado por jefes y oficiales de nuestras FFAA y etc..

La evidencia trágica no puede ser obnubilada por el discurso cómplice de la responsabilidad personal; ni aliviada por el suicidio de CHO-SEUNG-HUI, el estudiante coreano que termina suicidándose; ni mucho menos, por el sucedáneo parcial, del juicio “a los culpables de la dictadura genocida de las FFAA” y sus cómplices, como focalizaciones, o individualizaciones “tranquilizadoras”, para aceptar una fórmula de justicia común, de la sociedad entera, cuajado de órdenes metonímicas, que tapan la desvergüenza histórica y siniestra de un poder homicida que se hace cargo, en su tarea, de la subsunción total de la sociedad a manos del Imperio transnacional, quien dictó la teoría y práctica de ese mecanismo de explotación infinita.

Allí residen las razones ciertas, de veracidad hallable, ineludible científica y socialmente, de esta epidemia de genocidios sociales.

Sí se requerirá de otra certificación, valga el estremecimiento que sobrecoge solo pensar en el martirio y la crucifixión de millones de niños que se mueren de hambre, en un mundo cuyo poder es ajeno a “los muchos...”

Ese mundo designa a esta violencia genocida, con el tropo técnico, que los científicos con ese mundo identificados y que los incluye, han llamado desnutrición, o malnutrición. Así pueden recomendar un trazado cómplice, que suele esconderse en la provisión de medicamentos, o de fórmulas terapéuticas, siempre provistas por una transnacional de los medicamentos, repitiendo el mensaje trópico, de “tapujo científico-técnico” que hasta puede tranquilizar conciencias del sistema Imperial.

Es de nuevo un esquema propio del discurso hegemónico, que focaliza, localiza su discurso, para que como en los casos referidos, desviemos la “mirada responsable”, como podría denominarla Lacan, del verdadero centro del genocidio. Los individuos son solo ejecutores de un dictamen que articula el sistema dominante y explotador.

Floreal A. Ferrara
20.04.2007